

Ludwig Renn

EL CONGRESO DE ESCRITORES ANTIFASCISTAS EN VALENCIA Y MADRID

La guerra civil española. Crónica de un escritor en las Brigadas Internacionales, prólogo de Fernando Castillo, traducción de Natalia Pérez-Galdós, revisión y apéndice de Ramón Montero Fernández. Madrid, Fórcola Edicio-nes, 2016, pp. 456-465.

Principios de junio de 1937

Para mi sorpresa, cierto día en que regresaba desde las posiciones más adelantadas, me encontré con un hombre de cierta edad vestido de civil, sentado delante de la tienda del Estado Mayor en compañía de una dama también de edad. Se levantaron y comenzaron a hablarme en alemán. Eran el doctor Herz y Toni Sender, diputados del Partido Socialdemócrata, que habían venido con Richard desde Valencia. A mi pesar, no pude ocuparme de ellos porque enseguida se desató una discusión encendida. Se trata de mí.

Había sido requerido por las autoridades políticas españolas para tomar parte en el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura. Pero se avecinaba una gran ofensiva de las tropas de reserva en el noroeste de Madrid en la que supuestamente íbamos a participar. Richard no quería dejarme ir, mientras que otros le reprochaban que fuera tan estrecho de miras. Finalmente, Hans, en calidad de comandante de la división, y Rau, como comisario de guerra, dijeron la última palabra: «En estos momentos la presencia de Renn en el Congreso de Escritores es más importante que su tarea como jefe de Estado Mayor». El 29 de junio emprendí viaje en compañía del doctor Herz y Toni Sender desde la meseta a Valencia. En Torija recogimos al escritor Bodo Uhse, que pertenecía al comisariado político de nuestra división.

De algún modo sospeché que nunca volvería a ver aquel frente y, por eso, me despedí de Trijueque, tan venido a menos, de la pequeña villa de Torija y las ruinas de su castillo, del bosque que crecía en la garganta por la que descendía la carretera que venía de Madrid para después girar a izquierda y volver a serpentear por una sierra pelada en dirección sur, hasta Levante. Hacia mediodía ya estábamos en Albacete y, a primera hora de la tarde, en las tierras bajas valencianas. Allí comenzó a asomar por doquier el color verde de los naranjales. El aire era suave y templado. La ciudad de Valencia también me gustó. Tenía antiguos y bellos edificios de los tiempos de opulencia de la Edad Media tardía. Desde que Madrid había comenzado a ser bombardeada por los fascistas, Valencia había sido elegida como capital y se había abarrotado de refugiados procedentes de todos los territorios que había ocupado Franco. Las paredes estaban estampadas con inscripciones contrarias a Largo Caballero. Me quedé asombrado de su extrema dureza.

Sólo logré encontrar una habitación después de una afanosa búsqueda y ahora que todavía no estaba la clientela extranjera. Todos los días me iba a la playa. Allí conocí al negro Harry Haywood

de Chicago, un gigantón que era el comisario político del batallón americano. Después llegaron mis viejos amigos Erich Weinert y Willi Bredel.

El 3 de julio nos encontramos en el edificio de la Alianza de los Intelectuales Antifascistas con los escritores españoles y catalanes. Me crucé con José Bergamín, el escritor católico, que se había puesto a disposición de la República sin condiciones. Era un prototipo exagerado de español de la antigua clase dominante, muy delgado, de rostro y nariz afilados y grandes ojos oscuros. Estaba acompañado por un grupo de jóvenes admiradores.

Había otro grupo de hombres jóvenes charlando ardorosamente. En medio, había un muchacho de mirada chispeante que iba vestido con unas simples alpargatas, un pantalón y una camisa. Pese a toda su sencillez y juventud, tenía algo imponente. Era Miguel Hernández. Había gente malintencionada que lo llamaba el poeta de corte de «*El Campesino*».

«*El Campesino*» se preocupaba mucho por su apariencia. Una vez se hizo fotografiar con una manta enrollada en el pecho galopando por un puente.

Pero Miguel Hernández en absoluto tenía aspecto de poeta de corte. Me interesé por su procedencia. Era medio árabe y había sido pastor. Se inició en la poesía mientras pasaba las horas en los pastos. Escribía versos sencillos y melodiosos que sintonizaban con los sentimientos del pueblo.

Por cierto, «la corte» de «*El Campesino*» no sólo era una expresión de su vanidad, también servía para propagar sus convicciones comunistas entre los jóvenes que, como él, no pertenecían ni mucho menos a la casta de celebridades de los viejos tiempos, que venían de la nada y a quienes se les había prometido algo. En todo caso, entre los escritores de su tiempo, Miguel Hernández parecía representar el prototipo de joven proletario.

Todo aquel proceder era nuevo para España. Desde los siglos en que España vivió el apogeo de su aristocracia y su clero, el país había entrado en un periodo de estancamiento. Los cambios tan veloces de los últimos años habían impregnado al pueblo y a la juventud de una alegría desbocada que se manifestaba en cualquier conversación.

El 4 de julio a mediodía se inauguró el Congreso en el Ayuntamiento, un hermoso edificio antiguo. Justo cuando entraba, vi delante de mí a Fadeev, el escritor soviético autor de la novela *E/ Diecinueve*. A mí me había impresionado mucho. Había coincidido con Fadeev en una central eléctrica en el Dniéper.

Era la primera vez que veía a muchos de los asistentes, por ejemplo al danés de cabellos blancos Martin Andersen Nexø, al francés Jean Richard Bloch o al ruso Alexei Tolstoi.

Cuando me estaban presentando a este último, alguien me tocó en el hombro y me alcanzó un telegrama. Richard Staimer solicitaba que estuviera en Torija el 3 de julio y el 4 hasta medianoche. En ese momento ya habían pasado doce horas y yo había telegrafiado el día anterior diciendo que sólo podría estar de vuelta el día 6. De todos modos, el telegrama me sumió en la inquietud y me fui al vestíbulo para ver si me topaba con alguien que pudiera decirme qué debía hacer.

Fuera sólo había un centinela, que me sonrió de un modo extraño. Lo mire más detenidamente. Era el torero Manolo. Cuando estuve trabajando en el Ministerio de Propaganda en Madrid, movilizó a los milicianos junto con Harry Domela para conseguir que los instruyeran mejor. El comandante Loti llegaba en ese momento por las escaleras de la entraña. En las horas más terribles de la Batalla de la Carretera de la Coruña, había estado en nuestro Estado Mayor como delegado del Ejército del Centro. Le mostré el telegrama.

—¿Qué significa esto? —dijo enojado— Eres el célebre escritor que por pura convicción ha sido consecuente y se ha unido al Ejército español. Aquí te tenemos en uniforme. Si te hacen marcharte ahora, se desaprovecharía una oportunidad para mostrar lo que es la revolución consecuente. Te recomiendo que no contestes a ese telegrama. ¡Más vale que Richard por una vez se pare a pensar las órdenes que da!

Entretanto, había comenzado la presentación del Congreso por parte de las auto-ridades. Hasta el mismísimo Negrín pronunció unas palabras.

Después, las inglesas Sylvia Townsend Warner y Valentine Ackland vinieron a hablar conmigo. Esta última me contó que había tratado de alistarse en el ejército español, ya fuera como soldado, ya como chófer, y que su petición había sido denegada.

—¿No podríamos tener la firma de un miliciano como recuerdo de este Congreso? —preguntó Sylvia Townsend Warner.

—Eso es fácil de conseguir —respondí—. Justo ahí fuera, en el vestíbulo, hay un miliciano muy peculiar.

Les conté la historia del torero y de su motín.

Quisieron ir a verlo a toda costa. Cuando llegamos al vestíbulo, ya no estaba allí. Unos días más tarde cayó en el frente. Era de ese tipo de castellanos honrados a carta cabal.

Aquella noche, los asistentes habían sido invitados al teatro. La mejor actriz de España iba a interpretar Mariana Pineda, una obra de Federico García Lorca, el mejor poeta español de nuestro tiempo. Los fascistas lo fusilaron al poco tiempo de sublevarse, pese a que no era ningún revolucionario, sino más bien un liberal.

García Lorca era originario de Andalucía y estaba profundamente imbuido del romanticismo de tiempos pretéritos, que le había dotado de un estilo moderno similar al de Rainer María Rilke. Había pasado una temporada en los Estados Unidos, pero nada de lo que había en ese país le había cautivado. Allí vivió alejado de los negocios y de eso que llaman eficiencia. América le pareció un mundo sin corazón; carecía de catedrales fantásticas o canciones preñadas de sentimiento, como ocurre en Andalucía, y por eso regresó a España.

Me interesaba pues ver una obra de Lorca. Pero, ¿entendería algo? La gente pensaba que usaba un lenguaje difícil. Y así fue; no entendí nada de los monólogos y sólo capté el tema general. En todo caso, los alemanes estábamos acostumbrados a otro tipo de teatro. Lorca había

caracterizado a Mariana Pineda como una dama decimonónica, revolucionaria liberal, que lideraba un levantamiento armado. Pero, ¿por qué interpretaba su parte con una entonación tan plañidera?

Después de la representación, les pregunté a los escritores españoles por qué la actriz había declamado de ese modo. No entendieron a qué me refería, a ellos les parecía excelente. Cuando el año anterior asistí a una representación teatral en Madrid ya me di cuenta de que en la escena española dominaban unas tradiciones que a nosotros nos eran por completo ajenas y que ni siquiera Rafael Alberti, influido por Maiakovski, había sido capaz de superar. Finalmente, intentando comprender el misterio, me hice la composición de lugar de que, de alguna manera, era una expresión de protesta contra la pomosidad del antiguo teatro cortesano, que buscaba enfatizar un estilo más humanizado frente al falso pathos y la rigidez. Con el tiempo, ese carácter escueto que ponía el acento en lo privado se había convertido en una forma vacía que no servía para representar la esencia revolucionaria.

Pero no estábamos allí para maravillarnos del teatro español, sino para mostrar nuestra simpatía hacia la lucha por la libertad de España. De ahí que nos impresionaran más las delegaciones de trabajo que las funciones de teatro. Irradiaban tanta determinación que fueron recibidas con enorme entusiasmo.

El 5 de julio los escritores de la Alianza se reunieron a esperar a los vehículos que debían conducirnos a Madrid. En ese momento tuve oportunidad de conocer a la negra americana Louise Thompson, que resultó no ser negra, sino trigueña. No sé si se la podría calificar como guapa, pero su naturalidad y desenfado eran de lo más atractivo.

Íbamos dieciocho en un camión abierto cubierto con una lona. Mi experiencia en Congresos Internacionales me había familiarizado con la mala costumbre de que los grupos que hablaban una lengua se aislaban y no hablaban con los demás. Algo comprensible si hubiera un idioma mayoritario, pero no en aquel contexto. Por eso me esforcé para que la mezcolanza de personas en nuestro camión interactuara entre sí. Entre ellas se encontraba el dramaturgo noruego Nordahl Grieg, que pese a su juventud ya había alcanzado una notable fama. Su rostro ancho desprendía tal bonhomía que se convirtió en mi centro de referencia para los diversos idiomas y colores. Le presenté a dos cubanos, a Pita Rodríguez, de aspecto totalmente español, y al bajito y rechoncho Nicolás Guillén, uno de los poetas más grandes de los que participaban en el Congreso. Sus historias sobre la negritud cubana exhibían un lenguaje poderosísimo de simplicidad asombrosa. Al igual que Louise Thompson, él tampoco era negro. Cuando se reía a carcajadas parecía un jovencito bondadoso. Después fui a buscar a la sueca espigada y rubia Kajsa Rothmann, brigadista que había estado en las milicias como enfermera y que hablaba muchos idiomas. Por último, rogué al español Max Aub y a un danés cuyo nombre no recuerdo que se unieran a nosotros.

Así las cosas, una mañana calurosa de verano, nos encontramos viajando en el mismo camión semejante batiburrillo de personas. Los vehículos que nos precedían levantaban remolinos de

polvo que, a la larga, nos dejaron tan cenicientos como el paisaje, que ya amarilleaba tras una primavera efímera.

En torno al mediodía, nos detuvimos en un pueblo. Su alcalde nos recibió en una sala donde habían dispuesto mesas para nosotros. Mientras comíamos una sopa y huevos fritos con patatas, aparecieron unos niños que se pusieron a escrutarnos. A los escritores aquello les hizo mucha gracia y se pusieron a hablar con ellos amigablemente en todos los idiomas posibles. Los niños se reían con cierta timidez, pero sin mostrar ningún temor.

—Fuera se han juntado las mujeres y quieren decirnos algo que, de otro modo, quizás nunca tendríamos oportunidad de escuchar. Creo que deberíamos oír lo que guardan en sus corazones —dijo en inglés Sylvia Townsend Warner a voz en cuello.

Todos salieron en tromba. Las campesinas no habían tenido en cuenta que se iba a presentar el Congreso en pleno. Como no tenían portavoz, nos narraron a trompicones lo duras que eran sus vidas. «¡La guerra es terrible! ¡Los hombres están en el frente y nosotras tenemos que cargar con todo el trabajo! ¡El Gobierno quiere darnos la tierra que necesitamos y Franco quiere volver a quitárnosla! ¿No podrían escribir en los periódicos que tenemos razón?»

Aquellas palabras fueron traducidas a todos los idiomas. La corpulenta y elegante inglesa Valentine Ackland se acercó a una mujer flaca, se inclinó y la besó. Louise Thompson abrazó a otra con la naturalidad que le era propia. Entonces, se desató un torrente de besos y abrazos entre las mujeres, y las lágrimas comenzaron a brotar abundantemente de los ojos de extranjeras y españolas. Estas últimas se dirigían con movimientos atropellados y desconsolados a las forasteras, que, pese a que no las entendían, sí podían sentir que allí había necesidad y que había que ayudar.

No lejos de donde transcurría aquella escena, había una bandada de niños, sobre todo niñas, sobre un puente con bastante pendiente que encandiló a los fotógrafos. Cuando se dieron cuenta de que les iban a sacar fotos, se echaron a reír llenos de regocijo, sin importarles que a unos pocos pasos sus madres estuvieran sollozando.

Volví a entrar en la sala y escuché decir lo impresionados que estaban los escritores que habían presenciado aquella escena espontánea de las mujeres españolas, mucho más que con todas las salutaciones que les habían brindado hasta el momento.

—Hasta ahora, con tanta confusión de noticias y opiniones vertidas sobre España, no había podido hacerme una idea clara. Pero ahora ya sé lo que piensa el pueblo —dijo uno.

Antes de que abandonásemos el pueblo, también se acercó a nosotros un grupo de campesinos, que comenzaron a estrecharnos las manos como si nos hubiéramos criado allí y estuviésemos despidiéndonos.

Llegamos a las inmediaciones de Madrid a la caída de la tarde, a una gran puerta situada bajo unos árboles y custodiada a ambos lados por pequeños destacamentos de caballería. Una vez la hubimos cruzado, un par de jinetes se separaron del resto y se pusieron a galopar junto a nuestros vehículos. Les resultaba muy difícil trotar al ritmo de los camiones. Era una ceremonia

de bienvenida de los tiempos en que los grandes señores arribaban con sus pesados equipajes y unos jinetes al trote los acompañaban parsimoniosamente hasta la puerta de palacio.

No habíamos contado con un recibimiento tan ceremonioso y la mayoría no entendió qué ocurría hasta que un representante del Gobierno, ataviado de negro riguroso, se acercó a saludarnos.

Entramos en el palacio vestidos de modo informal, en manga corta, sucios y polvorrientos después de habernos atravesado media España.

Nos sirvieron dulces. Después cruzamos la bulliciosa ciudad hasta llegar al Hotel Victoria.

Después de lavarnos, nos dirigimos a un comedor bien iluminado. Me senté junto a Alexei Tolstoi, que me pidió que le tradujera algo del español. De pronto, me interrumpió preguntándome:

— ¿Quién es ése de allí, el oficial? ¡Parece muy importante!

Miré en la dirección que me señalaba.

Es Hans Kahle. Manda una división en el frente de Guadalajara.

Fui a buscar a Hans y, al final, resultó que había venido precisamente para conocer a Alexei Tolstoi. También le presenté al joven Miguel Hernández, a Sylvia Townsend Warner y a Valentine Ackland. Le complació mucho.

A la mañana siguiente, el Congreso se desarrolló en una sala de cine. En realidad, yo debería estar con la Brigada, que en ese momento ya se encontraba al noroeste de Madrid, pero tenía que intervenir justo ese día. Habíamos acordado que hablaría en alemán. Cuando me dirigía al estrado, el director de las sesiones me puso un fajo de papeles arrugados en la mano y me dijo: «Aquí tienes la traducción de tu discurso. Tienes que hablar en español». No me quedó otro remedio que decir que hablaría en español antes de haber mirado siquiera los papeles. Habían sido escritos a mano apresuradamente y eran indescifrables. Me apliqué a desentrañar las primeras palabras con todo mi ahínco y me quedé trabado. Empecé a sudar. Teóricamente, debía ser un discurso lleno de brío, pero ¿qué ponía allí? Tuve que preguntarle a un español. Me susurró lo que decía y yo lo repetí. Pero volví a atascarme en las líneas siguientes. ¿Qué hacer? Pedí disculpas en español y, sin acertar a encontrar las palabras adecuadas, dije que iba a hablarles en alemán. A continuación exclamé aliviado:

—Nosotros, escritores que luchamos en el frente, hemos dejado la pluma porque no queremos escribir historias, sino hacer historia. ¿Quién de los que se encuentran en esta sala desea tomar la pluma y ser el hermano de mis pensamientos durante el tiempo que empuñe un fusil? Mirad, aquí ofrezco mi pluma como prenda; no es ningún placer, sino una obligación. Y en nombre de esa obligación: ¡Todo contra el fascismo! ¡Todo por el Frente Popular! ¡Todo por un frente de los pueblos! ¡Todo por las ideas que son contrarias a la guerra! ¡Enemigas de la guerra, como decimos nosotros, hombres de guerra, soldados! ¡Porque la guerra a la que hemos venido a ayudar no nos produce ninguna alegría, no es un objetivo en sí mismo, simplemente hay que ganarla! ¡Por eso les pido que luchen por sus ideas! ¡Que luchen con la pluma y con la palabra, coma le corresponda a cada quien! ¡Pero luchen!

El discurso se vio interrumpido por una noticia importante. Todos se dispusieron a escuchar a un español que subió al estrado: «El Estado Mayor del Ejército del Centro hace saber que hoy ha

comenzado una ofensiva al noroeste de Madrid. Los resultados iniciales son prometedores. La División «Líster» ha logrado penetrar en Brunete y tomarlo». Brunete se encontraba a cuatro kilómetros del frente fascista.

Durante la noche posterior se produjo una gran agitación. Tal vez los fascistas pretendían distraer a nuestras tropas ocupándolas en la defensa directa de Madrid y por eso se había dedicado a bombardearla. Aquí y allá, unas veces más cerca, unas veces más lejos del hotel, se escuchaban las explosiones de los obuses. En el tejado de nuestro hotel sonaban las alarmas antiaéreas. Los congresistas fueron conducidos al sótano. A la mañana siguiente, abandoné el Congreso, que iba a proseguir pese al bombardeo.

Aznar Soler, M. (Ed.). (2018). *Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (València-Madrid-Barcelona-París): Actas, discursos, memorias, testimonios, textos marginales y apéndices*. Ed. Alfons el Magnànim.

pp. 730-737